EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS.

SANCHO DE VARGAS.

DRAMA EN DOS ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON JACINTO ARANAZ.

MADRID.
ALONSO GULLON, EDITOR.
PEZ,—40,—2.°
1874.

AUMENTO A LA ADICION DE 1.° DE ENERO DE 1874

TITULOS.	Actos.	AUTORES.
COMEDIAS Y DRAMAS.		
Á gusto de la tia	1	E. Navarro
Amor, careta y celos	1	Usera y Lopez
Desde el cielo	1	C. Frontaura
Don Lesmes	1	Manuel Nogueras
El aceite de bellotas (Monólogo)	1	R. María Liern
El Dos de Mayo de 1808	1	L. Vazquez y M. Curros
El diluvio	1	José Velazquez
El elixir de la vida	1	J. Fernandez Bremon
El libro talonario	1	J. Hayeseca
El niño de Juanita	1	Cárlos Trigo
El proscripto	1	R. María Liern
El retrato de Macaria	1	Luis Blanc
El retrato del muerto	1	José Estrañi
El testamento del tio	1	Cárlos Trigo
Ernestine	1	E. Blasco
Fuego en San Ginés	1	E. Blasco
Gloria á Bilbao	1	E. Zumel
Infraganti	1	E. Zumel
La filosofía del vino	1	Teodoro Guerrero
La pena capital	1	Luis Blanc
Los espíritus	1	J. Fernandez Bremon
Mi mujer me engaña	1	Eduardo de Lustonó
1873 y 1874. (*Revista.*)	1	R. Valero y Llorens
No me caso con mi tio	1	J. L. Leon
Sermon perdido	1	Teodoro Guerrero
Un nin de enredos	1	N. N.
Un sí	1	Petano y Torres
Levantar muertos	2	Ramos Carrion
Morirse á tres dias fecha	2	E. Zamora y Caballero
Sancho de Vargas	2	J. Aranáz
Bernardo el Calesero	3	Luis Blanc
El anzuelo	3	E. Blasco
El honor	3	R. de Campoamor
La nada entre dos platos	3	Malli y Coello
La verdadera Carmañola	3	Luis Blanc
Los amigos de los pobres	3	Luis Blanc
Los aventureros	3	Luis Blanc
No hay buen fin por mal camino	3	Mariano Catalina
Romper cadenas	3	Luis Blanc
Blanca Blandini	4	E. Zumel
El vizconde de Commarin	4	E. Zumel

SANCHO DE VARGAS.

DRAMA EN DOS ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON JACINTO ARANÁZ.

Representado por primera vez con extraordinario éxito en el Teatro de NOVEDADES el 29 de Abril de 1874, y demas noches subsiguientes.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1874.

PERSONAJES.	ACTORES.
MARGARITA....................	D.ª Francisca Carbonell.
CATALINA........	D.ª Elvira Alverá.
DIEGD-PEREZ.	D. Jacinto Aranáz.
ALFREDO....................	D. Julio Fuentes.
RAMIRO.	D. Manuel Coronado.
MARTIN.	D. José Alverá.
BAUTISTA.	D. Ramon Vallarino.
Aldeanos y aldeanas.	

La escena en Toral de Merayo, cerca de la Abadía de Carracedo. Reinado de D. Alfonso VI de Leon.

AL SEÑOR DON BENIGNO LUIS.

Prueba de cariñoso afecto y respetuosa consideracion de

El Autor.

ACTO PRIMERO.

Campiña en Toral de Merayo en el Bierzo. En primer término, á la izquierda, la casa de Diego. Junto á la puerta principal, otra que conduce á las caballerizas. Derecha, primer término, choza. Tercero, la capilla ó ermita del Salvador. En tercer término, izquierda, un gran arco de medio punto.

ESCENA PRIMERA.

CATALINA, MARTIN, ALDEANOS y ALDEANAS, que bailan y cantan al compás de panderetas. Martin y Catalina sirven vino á sus compañeros.

UNO. (Cantando.)
«Á una flor que en el valle
crece preciosa,
un árbol productivo
la presta sombra.
Para bien nuestro,
la flor es Margarita,
el árbol Diego.»

—

MARTIN. ¡Bravo, bien! buena es la copla!
no puede decirse más.
Brindemos por Margarita!
TODOS. ¡Sí, sí!

CAT. Mas tambien brindad
por nuestro amo Diego-Perez,
que reparte su caudal
con todo aquel que no tiene
donde poder trabajar.
¡Á su salud!

TODOS. ¡Viva! ¡Viva!

CAT. ¡Dios le conserve su paz!

MARTIN. ¡Hijos de Merayo, oidme!

UNO. Silencio, que á hablarnos vá.

MARTIN. Mañana será el gran dia
de fiesta tradicional
que la comarca celebra
en la ermita del lugar.

CT . Bueno, ¿y qué?

MARTIN. Que el amo juzga
de suma necesidad,
que panderas y palillos
vayan del santo detrás,
cuando salgamos reunidos
en grupo procesional.
Tambien sabeis que se ha hecho
la ermita reedificar,
y que mañana esperamos
á un cura y un sacristan,
para que á nuestras mujeres
las eche un sermon cabal
sobre esto... y esto... y lo otro ..
y sobre .. ¡pues! sobre... las...
en fin, sobre... las mujeres.
¿Lo entendeis?

CAT. ¡Bueno será!

TODOS. ¡Bien! ¡Bien!

MARTIN. Pues vaya otra copla,
y á su casa cada cual.

UNO. (Cantando.)

Á todos los del valle
Dios nos concede
la más grata fortuna
con Diego-Perez.
Por sus cuidados,
á ninguno nos falta

pan y trabajo.
(Vánse los Aldeanos por el foro derecha.)

ESCENA II.

MARTIN, CATALINA.

MARTIN. Gran gozo siento al pensar
las bendiciones sin cuento
que la comarca tributa
á nuestro señor y dueño.

CAT. El nombre de Diego-Perez
se pronuncia con respeto,
y muchos le consideran
como enviado del cielo.

MARTIN. Es verdad; mas... Catalina,
si he de decir lo que siento,
me preocupa una pena
desde aquel lance tremendo
en que obtuvo Margarita
fruto de su amor secreto.
Por fortuna Diego-Perez
tuvo que ir por aquel tiempo
á Corullon y Bembibre
para contratar terrenos,
y cuando dió aquí la vuelta
ya estaba fuera de riesgo
Margarita.

CAT. Sí, y entónces
pudimos con gran misterio
procurarle una nodriza
para el niño.

MARTIN. Fué bien hecho;
mas por si la enreda el diablo,
confieso que tengo miedo.

CAT. Deja á un lado los temores,
que ya no tiene remedio.

MARTIN. ¿Aún no ha vuelto Margarita
de la choza?

CAT. Aún no ha vuelto.
Sobre el puente del molino
quédate un rato en acecho,

y vuelve al punto á avisarme
si ves que regresa Diego.

MARTIN. Así lo haré. Ni el demonio
te gana á inventar enredos.
(Váse foro derecha.)

ESCENA III.

CATALINA, despues de una pausa.

Bien pudiera resultar,
y es muy posible á mi ver,
que Diego llegue á entender
lo que pasa en el lugar.
Y entónces... tiene razon
Martin, la saña de Diego
nos privará del sosiego
en pago de una traicion.
Mas si el secreto guardé
sin que Diego lo aperciba,
mientras Margarita viva,
si ella calla, callaré.

ESCENA IV.

CATALINA, MARGARITA. Centro derecha.

MARG. ¡He visto á mi Armando,
al bien de mi vida,
al hijo del alma!

CAT. Contén, Margarita,
tu ardiente entusiasmo.

MARG. ¡Mi fiel Catalina!
Venturas sin cuento
los cielos me envían,
pues hoy besar pude
al ser de mi dicha.
Allá en su cabaña,
que dulce acaricia
el Sil armonioso
de mágica cinta;
que bésanla alegres

castaños y encinas;
que blandos romeros
perfumes la envían,
son todo venturas,
placer y alegrías.
Apenas del alba
la luz argentina
bañaba los montes,
risueña y tranquila,
llegué á la cabaña
y el niño dormía.
Meciendo su cuna
se hallaba Felisa:
sentéme á su lado
mostrándola envidia,
y el pecho en latidos
saltarse quería.
Mis ojos, al verle,
raudales vertían
de llanto de amores,
presagio de dichas.

CAT. ¡De dichas!... ¿Pretendes
que suerte benigna
podrá acompañarnos
si Diego averigua?...

MARG. Los suaves murmullos
que blanda la brisa
las flores del campo
gallardas agita,
son auras dichosas
que amores me envían,
y bellos fantasmas
mi afán las prodiga.

CAT. ¿Qué dices?

MARG. Escucha.

CAT. Pues qué...

MARG Catalina!
Despues que mil besos
dejé en las mejillas
del niño precioso
que alienta mi vida,
que viene hoy Alfredo

me dijo Felisa.

CAT. ¡Dios mio! Si Diego
descubre...

MARG. Mi dicha
no está tan lejana
cual tú te imaginas.
Aquí, en esta carta, (Sacándola.)
sus planes me explica;
y hoy mismo á mi padre
pedirme confía.

ESCENA V.

MARGARITA, CATALINA, MARTIN, por el centro derecha.

MARTIN. Diego llega, y cazadores
vienen con él.

MARG. Pues salid.

CAT. Yo inventaré algun ardid
por si Alfredo...

MARG. Tus temores
aleja.
(Vánse los dos: Martin foro derecha y Catalina segunda puerta izquierda.)

ESCENA VI.

MARGARITA.

¡Señor, que vés
mi pena y dolor insano;
inspira á mi padre anciano
cuando me arroje á sus piés.
¡Brote por fin la semilla
de tu celeste bondad!

ESCENA VII.

MARGARITA, DIEGO, por el centro derecha.

DIEGO. ¡Sostén de mi ancianidad!
¡Preciosa flor de Castilla!

Azucena delicada
que celos das al pensil;
blanca paloma gentil
por milanos codiciada!
¿Qué tienes? ¿por qué suspiras?
¿Por qué cuando amante llego
te turbas y al pobre Diego
negros temores inspiras?
Habla yá.
(Acercando dos sitiales al proscenio y sentándose.)

MARG. Será aprension...
Yo nada siento á fe mia.

DIEGO. Pero se fué tu alegría,
y en verdad no hallo razon.
Tú, dél valle la señora,
rico en mies, ganado y fruto;
tú, á quien se rinde tributo
y para quien se atesora;
tú, la sultana más fiel
de la comarca berciana,
y en fin, tú, la más galana
flor que enamora al vergel,
¿qué puedes ambicionar?
¿qué anhelar podrá tu pecho
sin que sea satisfecho
de tu deseo á la par?
Si quieres rico brocado
en vez de lana vestir,
dilo: si quieres lucir
diamantes, verás colmado
sin vacilar un momento
tu capricho que es mi ley,
pues desde el vasallo al rey
no cedo en merecimiento.
Ni las riberas del Boeza
ni del Sil los granos de oro,
pueden juntar un tesoro
que se iguale á mi riqueza.
Formule sólo el deseo
lo que te plazca obtener,
y al punto lo podrás ver
á tus piés para trofeo.

Si quieres por maravilla
joyas de precio alcanzar,
más que tú... no ha de ostentar
ninguna dama en Castilla.
Si quieres que cuanto vés
convierta en ricos palacios;
si quieres perlas, topacios
y alfombras para tus piés;
si mis rústicas cabañas
ofenden tu gentileza;
si quieres con más grandeza
ser reina de las montañas,
habla, que aún puede mi mano
colmar en todo tu anhelo:
habla, que eres tú el consuelo
de la vida de este anciano.
Dí una palabra no más
y al punto estarás servida:
si te hace falta mi vida,
pídemela... y la obtendrás...
¡Pues vivo sólo por tí
en este mundo de dolo,
todo por tu bien lo inmolo,
nada quiero para mí!

MARG. Padre de mi corazon!

DIEGO. Hija del alma adorada!...
¿Por qué te miro angustida?

MARG. Acaso tengais razon.
Siento una angustia... una pena...
(¡Cielos! ¿Cómo le diré?...)

DIEGO. ¿No eres dichosa?

MARG. Si á fe.
pero el pesar me enagena
considerando que un dia
llegar pudiera... ¡qué horror!...
en que os robase á mi amor
la muerte inhumana é impía.

DIEGO. ¿Eso piensas?

MARG. Sí por Dios:
y cual la triste amapola
que crece en el prado, sola
me hallára entónces sin vos.

¿Qué importa un valle tener,
ni un lugar, ni yuntas ciento,
si no hallaría el contento
de ser querida y querer!
¡Pensad en eso, señor;
ved cual sería mi suerte,
y decid si hay pecho fuerte
que resista tal dolor!

DIEGO. Puesto que comprendo bien
que anhelas cambiar de estado,
tu gusto será logrado:
yo lo deseo tambien.
Ya pensaremos los dos,
ántes que tu pena crezca,
en buscar quien te merezca
para marido.

MARG. (¡Gran Dios!)
Si ese es vuestro parecer...

DIEGO. Si hay un zagal castellano
que aspire á alcanzar tu mano,
que la venga á pretender.

MARG. ¿Algun zagal? (Con gozo.)

DIEGO. De riqueza
no tienes necesidad,
y puede tu vanidad
competir con la nobleza.

MARG. Nunca en tal cosa pensé.

DIEGO. No te lo perdonaría
si no fuese así, hija mia.

MARG. Mas...

DIEGO. No preguntes por qué.
De la nobleza en el seno,
hay un veneno que mata:
trata, Margarita, trata
de evitar ese veneno.
Pero dejando razones
ajenas de este lugar,
preciso será arreglar
algunas habitaciones.

MARG. ¿Tenemos huéspedes?

DIEGO. Sí.
De Corullon á la aurora

salí; y apenas una hora
anduve, llegóse á mí
un criado.—«De la córte,—
díjome,—mis amos son,
y desean ocasion,
como conviene á su porte,
de visitar ese gayo
vergel que al Vierzo embellece,
y que segun me parece
llaman Toral de Merayo.»
Al punto y sin vacilar,
fuí á unirme á los forasteros,
y en el lugar de Pieros
logramos con ellos dar.
Corteses me suplicaron
el favor de una visita;
la concedí, Margarita,
y al valle me acompañaron.

MARG. Pero, ¿no habeis preguntado?...

DIEGO. ¿Quiénes son y á qué venían?
Accedí á lo que pedían:
de otra cosa no he cuidado.
Á gentes de la ciudad
jamás niego el hospedaje;
núnca reparo en el traje,
ni en el nombre ó calidad.
Tú, Martin y Catalina,
disponed lo que interesa:
blandas camas, buena mesa,
y abundante la cecina.
De lino el limpio mantel
honor haga á los manjares.
Vino... de Quita-Pesares,
blanco pan... y rica miel.
Truchas despues de la caza;
y al fin, para que aproveche,
frutas, queso, arrope y leche
servida en dorada taza.
Margarita, en tí confio:
quiero á esas gentes mostrar
que no falta en el lugar
nada á fe.

MARG. Bien, padre mio.
DIEGO. Voy mientras á disponer
un paseo por la vega
en tanto que la hora llega
de cenar. Es menester
que lo vayais preparando,
pues casi llegué á olvidar
que estaban en el lagar
mis huéspedes esperando.
MARG. Digna de un hombre cual vos,
hallarán vuestra morada
los forasteros, y nada
les faltará.
DIEGO. Bien: adios. (Váse foro derecha.)

ESCENA VIII.

MARGARITA.

MARG. (Despues de acompañar á su padre hasta el foro, baja lentamente al proscenio.)
Valor bastante no tuve
para contar á mi padre
ese terrible secreto
que mi existencia combate.
La inesperada visita
de esos que consigo trae,
todo el que había en mi pecho
vino de pronto á quitarme.
Si Alfredo llega esta noche...
CAT. (Sale segunda puerta izquierda.)
¿Y el señor Diego?
MARG. Me place
que oportunamente llegues,
porque necesito hablarte.

ESCENA IX.

MARGARITA, CATALINA.

MARG. Padre vino acompañado
de forasteros señores,
los que con licencia suya

pasarán aquí la noche.
Quiere que espléndida mesa
tu gusto les proporcione,
donde abunden los manjares
y en la que los vinos sobren.

CAT. Corro de Martin en busca
para darle algunas órdenes.

MARG. No; dispon lo más preciso,
que eso de mi cuenta corre.

CAT. Por lo que de mí dependa
no hay cuidado, que si el monte
tiene abundante la caza...
mis despensas no están pobres.
(Váse segunda puerta izquierda.)

MARG. Corazon... fuerza es que calles
hasta que pase la noche,
y dá tregua á los latidos
que fieros su cárcel rompen.
(Váse primera puerta izquierda.)

ESCENA X.

ALFREDO y MARTIN, centro derecha.

MARTIN. Llegad; há un instante aquí
la dejé, y estoy seguro
que la vereis: conque así...
hasta luégo.

ALF. Fio en tí
para vigilar.

MARTIN. Lo juro.
Mas ¿quién sospechar podía
que bajo un tosco sayal
tal nobleza se encubría?

ALF. ¿Qué opinas de ello?

MARTIN. Á fe mia...
que esto acabará muy mal.
Pero pues venís resuelto
á que se sepa por vos
la historia, y á eso habeis vuelto,
bien está; á rio revuelto...

ALF. Calla y vete.

MARTIN. ¡Pues... adios!
(Váse centro derecha.)

ESCENA XI.

ALFREDO, despues MARGARITA.

ALF. Por fin hablarla podré.
Dejando á Diego un momento,
velóz como el pensamiento,
sin que me vieran, volé
á anticipar su contento;
porque si al mentir mi cuna
por un designio fatal,
no tuve razon ninguna,
hoy la daré una fortuna,
un nombre... y será mi igual.
Pero... ella viene. ¡Bendita
la suerte, que sin llamar
hace que la pueda hablar!
MARG. Caballero... (Saludando.)
ALF. ¡Margarita!
MARG. ¡Cielos! ¿Será una ilusion?
¿Es tuyo, Alfredo, ese traje?
ALF. Sí!... (Bajando los ojos.)
MARG. ¿Y aún pides hospedaje
en esta casa?
ALF. Es razon.
No soy lo que aparenté,
por más que mintió mi lábio;
pero en justo desagravio
á mi igual te elevaré.
Tú eres buena, y me darás
el perdon que de tí exijo.
Por nuestro amor, por nuestro hijo
te lo suplico además.
Vuelvo... para ser tu esposo.
MARG. ¡Cuán horrible es mi destino!
ALF. Soy del de Lemos sobrino;
señor de Villa-Alumbroso.
MARG. Por más que entero mi amor

te pertenece y mi vida,
miro mi dicha perdida
como huracanada flor.

ALF. Si has creido infamatoria
mi accion, te juro que el mundo...

MARG. Hay un misterio profundo
de mi buen padre en la historia.
Misterio de tal rareza,
que no lo acierto á explicar:
sólo sé que á su pesar
aborrece la nobleza.
Eso aumenta la afliccion
que tortura mi existencia.

ALF. Margarita... hay Providencia!

MARG. Es verdad... tienes razon:
pero el ódio y el cariño
no se avinieron jamás,
y en pocos casos verás
la abarca junto al armiño.
Padre no ha de consentir
en tan desigual enlace.

ALF. Si nuestra union no le place,
¿Qué resta entónces?

MARG. ¡Morir!

ALF. Mañana no será vana
con Diego mi conferencia,
y querrá la Providencia
que séas mia mañana.
Demostraré sin ficcion
que á mi amor no existe freno.

MARG. Él es bueno, más...

ALF. Si es bueno
nos dará su bendicion.
Y cuando logre obtener
que me escuche sin enojos,
cuando contemplen sus ojos
tus ojos de rosicler,
yo le daré pruebas tantas
de mi cariño acendrado,
que he de quedar perdonado
cuando me arroje á sus plantas.

MARG. Tú haces que en el alma mia

renazca al fin la esperanza.
ALF. Todo en el mundo se alcanza,
y en mi prudencia confía.
Mas perdona si me alejo
aunque á mi amor no le cuadre.
MARG. ¿Dó vas?
ALF. Á unirme á tu padre,
pues de mis planes no cejo.
MARG. De nuestra esperanza en pos
pediré á Dios que te inspire.
ALF. Yo... que mis razones mire
y que las apoye. ¡Adios!
(Váse centro derecha.)

ESCENA XII.

MARGARITA, á poco RAMIRO, foro derecha.

MARG. Acaso permita el cielo
que tanto pesar se acabe,
si Alfredo prudente logra
que nos perdone mi padre.
Prefiero que él se lo diga:
pero no sé qué incesantes
recelos mi pecho esconde,
que me atormentan y abaten.
¡Ah! (Al ver á Ramiro.)
RAM. ¡Qué miro!
MARG. (El caballero!
¿Aquí otra vez? ¡Dios me ampare!)
RAM. (Del niño la madre es ésta:
no lo desmiente el semblante.)
MARG. (¿Qué haré?)
RAM. (Muy pronto Bautista
noticias de él vendrá á darme.
Lleguemos.)
MARG. ¿Qué se os ofrece?
RAM. Por Alfredo preguntarte;
mas puesto que aquí te encuentro,
podrás de nuevo escucharme.
Tu belleza es un portento

de gracias tan singulares,
que há tiempo el fuego me abrasa
del amor que me inspiraste.

MARG. Pensad, señor, que una humilde
labradora, nunca vale
la pena de que hasta ella
un caballero se baje.
Recordad que otras dos veces
os lo he dicho yá, aunque en balde,
y no hagais... por vuestra vida,
que de otra manera os hable.

RAM. Deja ese ceño, y me atiende
como conviene á mi clase;
pues puedo, á más de ternura,
riquezas inmensas darte.

MARG. Señor, permitidme... (Retirándose.)

RAM. Quédate.
Yo no consiento... (Tomándole la mano.)

MARG. ¡Dejadme!

RAM. Ya que te muestras esquiva,
será preciso abrazarte.

MARG. ¡Martin! ¡Catalina!

RAM. ¡Calla!...
desventurada... no llames!...
¡Mia has de ser!

MARG. ¡Qué?

RAM. ¡Silencio!...
¡Viene gente!

MARG. ¡Ah! padre! padre!...
(Ramiro, que ha ido siguiendo á Margarita hasta el foro, se detiene al ver á Diego.)

ESCENA XIII.

DICHOS, DIEGO, ALFREDO y MARTIN.

DIEGO. ¿Qué tienes?

ALF. (Con ira.) ¡Ramiro!

MARG. ¡Cielos!

DIEGO. ¿Qué es eso?

RAM. No hay que asustarse.

ALF. (Con forzada sonrisa.)

Alguna chanza sin duda
de mi amigo. Perdonadle,
pues no hay uno entre nosotros
que se atreva á propasarse.
¿No es verdad, Ramiro?

RAM. Es cierto.

DIEGO. De ello podré asesorarme
refiriendo Margarita...

MARG. ¡Cielos!

DIEGO. ¿Te turbas?

ALF. (Ap. á Ramiro.) (Infame!

RAM. (Ap. á Alfredo.) Despues te diré...)

DIEGO. ¡Contesta!

MARG. Acaso, señor y padre,
me habré mostrado harto injusta
sin fundamento asustándome.

ALF. (¡Tambien Margaríta finge!)

DIEGO. Tu razon no satisface.
Hablad vos... y haced, Ramiro,
que la disculpa me agrade.

RAM. Aquí en busca de mi amigo
vine sin poder hallarle,
cuando esta linda zagala...

DIEGO. ¡Es hija mia!...

RAM. ¡No en balde!

DIEGO. Y el que se atreva á ofenderla
pida que el cielo le ampare!

RAM. ¿Me amenazais, Diego-Perez?

DIEGO. Pensad lo que bien os cuadre.

RAM. (Disimular será fuerza.)

MARG. (¡Corazon... fuerza es que calles!)

ALF. (Rápido, ap. á Ramiro.)
(En sitio más oportuno
me explicarás...

RAM. (Id. á Alfredo.) No te canses...
Tú me quitaste una dama...
y aquí pensé desquitarme.

ALF. (Id.) (No es digno...)

CAT. (Sale segunda puerta izquierda.)
La mesa espera.
Podeis entrar si así os place.

MARTIN. (¡Me alegro mucho!)

(Colocacion de escena. Ramiro ocupará el proscenio derecha, y Martin el de la izquierda. Alfredo inmediato á Ramiro, y Margarita junto á Martin. Diego en el centro y Catalina junto á la puerta de su salida. Despues de una pausa dice Diego.)

DIEGO. Pues vamos.
Los vinos y los manjares
vuestra presencia apetecen,
y pudieran enojarse
si al placer con que os convidan
ingratamente pagaseis.

RAM. Vamos... (Y estemos alerta!)

ALF. Guiad, señor.

DIEGO. (Á Ramiro.) Vos delante.

RAM. (Sospechan de mí!)

MARG. (¿Qué ha dicho?) (Ap. los dos.)

ALF. (No hallé ocasion de explicarme.)

(Vánse segunda puerta izquierda.)

ESCENA XIV.

MARTIN, á poco BAUTISTA.

MARTIN. Yo no sabré en qué consiste;
pero me fundo y no en balde,
si digo que esos señores
vienen á enredar el valle.
El tal don Ramiro tiene
de condenado el empaque,
y huele á primer olfato
á azufre, á pez y á vinagre.
¡Digo! ¿y el torpe criado
que ha venido acompañándole?
No me inspiran confianza
ni el caballero ni el paje.
Pero... silencio: aquí llega
ese embajador del hambre,
que en vez de humana criatura
de Judas tiene el talante.
Sagacidad... y al avío.

BAUT. ¡Buenas tardes! (Bajando lentamente foro derecha.)

MARTIN. ¡Buenas tardes!

BAUT. ¿Tan solo... y reflexionando?

MARTIN. Justo; y de tí me acordaba.
BAUT. ¡Bravo, pardiez!...
MARTIN. Meditaba...
sobre lo que estás tramando.
BAUT. ¿Cómo?
MARTIN. Á don Ramiro oí
decirte muy por lo bajo
palabras... que con trabajo
pude entender, y héte ahí
que habrás ido á la cabaña
para estudiar...
BAUT. ¡Sí, por Dios!...
Me alegra que seamos dos
modelos de astucia y maña.
¿Conque... escuchaste?...
MARTIN. ¿Pues no?...
Y adiviné vuestro intento.
Pero... con franqueza, siento
no ser tu cómplice yo.
(Veremos si éste se explica
y me descubre su plan.)
BAUT. ¡Por vida del padre Adan
que el interés se complica!...
Conque si yo te ofreciera
de don Ramiro en el nombre,
cinco doblas...
MARTIN. No te asombre;
haría... lo que quisiera.
BAUT. ¡Bravo, Martin! Pues mañana
al despuntar el albor,
obtendrás de mi señor
la suma, si la ventana
de la choza hallo de modo
que pueda por ella entrar,
y sin estorbos... robar...
Ya me entiendes.
MARTIN. Me acomodo!
(No será mala la presa
que allí hallarás, te lo juro.)
BAUT. En un lugar más seguro
poner al niño interesa.
Por ese medio sencillo

un corazon abrirá
don Ramiro, que hoy está
cerrado á machamartillo.
Mi amo es tal, que cuanto anhela
satisface de contado.

MARTIN. Pues aquí... mucho cuidado...
que el que ménos corre... vuela.

BAUT. ¿Hay lobos?

MARTIN. De gran calibre;
que si hacen presa... desgarran:
y hay voces que se acatarran
al verlos.

BAUT. ¡Jesús nos libre!
Pues si por azar entablo
lucha tenaz con alguno,
juro por Dios trino y uno
que irá á almorzar con el diablo.
Es vieja costumbre en mí
habérmelas con las fieras...
He luchado con panteras
más bravas que las de aquí.

MARTIN. Yo sentiré que padezca
algun percance tu daga,
y lo que de noche se haga...
por la mañana aparezca.

BAUT. No hay miedo.

MARTIN. Pues... á vivir!

BAUT. ¿Cuento contigo?

MARTIN. Y es llano!
¿Quién no sirve á un cortesano
que tanto paga?

BAUT. Es decir
que por tu parte...

MARTIN. Me toca
dejar la ventana abierta.

BAUT. Un poco, y estar alerta ..

MARTIN. Como una estátua de roca
Ahora deja que el ganado
vaya á ver.

BAUT. Anda con Dios.
—Supongo que entre los dos
está el secreto...

MARTIN. Callado.
No diré esta boca es mia.
(Quien no lo dirá eres tú.)
BAUT. (Por vida de Belcebú
que el mozo es de gran valía!)
Vete, que yo cuidaré
que lo demas se ejecute.
MARTIN. (Yo te arrimaré un buen tute.)
BAUT. Á las tres.
MARTIN. No faltaré.
(Váse segunda puerta izquierda.)

ESCENA XV.

BAUTISTA.

¡Robarle el hijo á una madre!...
Tiene muchísima gracia.
En los tiempos que alcanzamos,
si un señor de gran prosapia
se propone un imposible,
el imposible se allana.
Con el oro de la córte
y un pláceme del monarca,
la virtud más diamantina
esos señores quebrantan.
¡Dichosos ellos! En tanto
el pobre plebeyo escancia
muy poco el vino de Toro
para mojar la garganta.
¡Mal arreglado está el mundo!
Dios se divierte á sus anchas
viendo que los unos gozan
mientras los otros trabajan.
En fin, veré si el criado
á ayudarnos se prepara,
y á observar se hace digno
de la punta de mi daga.
(Váse arco izquierda.)

ESCENA XVI.

CATALINA, segunda puerta, con ballesta y dardo.

¡Qué horrible fatalidad!
No perder tiempo es preciso.
Volemos á la cabaña
á ser custodia del niño.
Á las tres dice Martin
que penetrará el bandído
por la ventana, y que entónces
le dispare el dardo mio,
en tanto que él desde fuera
lo enclava en el propio quicio.
¡Valor, valor, Catalina!
Firmeza, aplomo y buen tino;
que si el ladron no perece,
corremos grave peligro.
¡Señor... á tí me encomiendo,
y en tu proteccion confio!
(Váse centro segundo dirigiéndose á la capilla.)

ESCENA XVII.

ALFREDO, MARTIN, con ballesta, segunda puerta izquierda.

MARTIN. Es bueno que esto se acabe;
merećeis mi aprobacion.
ALF. De esta determinacion
Margarita nada sabe:
y si á Ramiro, á ese vándalo
no busco en este momento,
es, Martin, porque presiento
que produciría escándalo.
El primer golpe paremos
con maña y con precaucion.
Sepa Diego mi intencion,
que despues... ya nos veremos.
Para ello se necesita,—
y es á mi juicio prudente,—
que ese funesto incidente

desconozca Margarita.
Por eso aquí la cité
para mejor prepararla.
Es bueno desorientarla
para que tranquila esté.

MARTIN. Pues si me otorgais permiso,
iré á la cabaña. Creo,
sin que me engañe el deseo,
que es muy grave el compromiso.
No tardeis.

ALF. Un cuarto de hora.

MARTIN. ¿Seguro?

ALF. No faltaré.

MARTIN. Dios os guarde. (Váse centro derecha.)

ALF. Él nos dé
su proteccion bienhechora.

ESCENA XVIII.

ALFREDO, MARGARITA, primera puerta izquierda.

MARG. ¡Alfredo!

ALF. ¡Luz de mi vida!
Alma del alma que aliento!

MARG. ¿Verás al niño?

ALF. El contento
no halla en mi pecho cabida.
Del valle en la hermosa calma
un cielo juzgo encontrar,
pues gozaré al contemplar
aquella prenda del alma.
—Margarita... entre los dos
se alza, sembrado de flores,
el fruto de mis amores
que protege el mismo Dios.

MARG. Cuando el vendabal rugiente
las tristes plantas agita;
cuando oigo desde la ermita
que se enfurece el torrente;
cuando el luminoso rayo
dibuja con majestad
su potente claridad

sobre Toral de Merayo;
cuando el trueno aterrador
sus detonaciones lanza;
cuando la tormenta avanza
y al valle infunde terror,
preces dirigiendo al cielo
corro á mi niño á abrazar,
y él consigue mitigar
un tanto mi desconsuelo.
Y cuando en mi pecho estrecho
al trozo del alma mia;
cuando en ardiente porfía
late de amores mi pecho;
cuando sus cabellos de oro
dulces recuerdos me anuncian;
cuando mis labios pronuncian
pensando en tí un «yo te adoro,»
siento una felicidad
y un placer tan inefable,
que me parece admirable,
sublime, la tempestad!
(Ramiro aparece en el arco.)

ALF. La noche cierra su broche,
y es, Margarita, preciso
evitar que de improviso
se nos sorprenda esta noche.
Que apenas el nuevo sol
venga á alumbrar este valle,
yo haré que tu pena calle;
lo juro á fe de español.

RAM. (¡Oh rabia!)

ALF. De nuestro rey
la aprobacion obtendremos,
y en la córte viviremos
al amparo de su ley.

MARG. Inspírete Dios, Alfredo,
en pró de nuestro cariño.

ALF. Pronto tendrá un padre el niño.

RAM. (Yo lo estorbaré si puedo.)

ALF. Vé junto á tu padre anciano
mientras que á la choza llego.
Margarita... yo te ruego

que te recojas temprano.
Importa la precaucion
por más que el valle es seguro.

MARG. No temas; me guarda el muro
de mi acendrada pasion.

ALF. Adios, flor, la más galana
de cuantas guarda el pensil.

MARG. Adios, mancebo gentil!

ALF. Piensa en mí... y hasta mañana.
(Váse centro derecha.)

ESCENA XIX.

MARGARITA, D. RAMIRO, despues DIEGO.

Margarita, que ha ido acompañando á Alfredo hasta el bastidor del centro, le despide con la mano una última vez. Despues de figurar que le pierde de vista, se dirige á la capilla, arrodillándose en el primer escalon de la grada. D. Ramiro baja lentamente á la escena.

RAM. ¡Suerte traidora y maldita,
que me hiciste comprender
de los celos el poder
conociendo á Margarita!...
Allí... en la capilla está,
y es el momento propicio.
(Baja lentamente hasta encontrarse con Margarita.)

MARG. ¡Concede este beneficio,
Señor, á una madre!...—¡Ah!
(Diciendo estos versos se levanta, y dirigiéndose á la casa, repara en D. Ramiro; retrocede un paso y dice la exclamacion.)

RAM. No temas; salí á encontrarte
para repetir mi afan.

MARG. Ya puede el torpe galan
llevar su afan á otra parte.

RAM. Piensa que sé tu secreto
y que te puedes perder.
Cede.

MARG. Será menester
tratarme con más respeto;

pues si me veis pobre y sola,
y envuelta en tremendo cisma,
me basto y sobro á mí misma
por fuerte y por española.
Y no creais que la daga
que al cinto llevais me asusta;
tengo un alma muy robusta
que en los peligros se embriaga.
Alma que al luchar con vos
es fijo que os vencería.
¡Venid, si no: os desafía
una mujer ante Dios!

DIEGO. (¿Qué pasa aquí? Cielos! ella!)

RAM. ¡No pienses que he de ceder!
¿Qué riesgos puede temer
quien contra todo atropella?
¿Me amarás?

MARG. ¡No!

DIEGO. (¿Qué he escuchado!...)

(Ramiro habrá ido hasta muy cerca de la capilla para coger del brazo á Margarita, en tanto que Diego sale y se interpone entre los dos. Margarita queda aterrada al ver á su padre.)

RAM. ¡Tu nombre deshonraré!

DIEGO. ¡Pero ántes te arrancaré (Sale.)
el alma que Dios te ha dado!
Es muy propio de cobardes
tu insensato proceder!...
Si honra acaso has menester,
ven á mí, no te retardes!
Imbécil, que en tu furor
tratas de insultar á mi hija!

RAM. Ved que en la casa de Urquija
nunca ha faltado el valor.

DIEGO. ¿Urquija?

RAM. Sí!

DIEGO. ¡Horrible nombre
que mi existencia tortura!

RAM. ¿Qué decís?

DIEGO. Que es ya segura
tu perdicion... no te asombre.

MARG. Padre... ¡perdon... por piedad!

DIEGO. Retírate, Margarita,
que mi rencor necesita
quedar con más libertad.
MARG. ¡Padre!...
DIEGO. Silencio! (Cogiéndola.)
MARG. ¡Perdon!
DIEGO. Déjame... y el labio sella!
(La encierra en la casa.)
RAM. ¡Diego! (Amenazante.)
DIEGO. ¡Tu maldita estrella
me provoca en la ocasion.
Vas á escucharme.

ESCENA XX.

DIEGO, RAMIRO.

RAM. ¡Sabed
que la gente más sensata,
de otra manera me trata!
Otorgadme esta merced!
DIEGO. No hagais que la sangre salte
ántes de haberme escuchado,
ni me tengais por menguado
ni que paciencia me falte!...
Pues de mi casa tranquila
la honra pura mancillais...
RAM. Mirad que os equivocais..:
porque la vuestra... vacila.
DIEGO. ¿Qué decís?
RAM. He dicho mal;
no vacila, está en el suelo!
DIEGO. ¡Urquija!
RAM. Á la prueba apelo.
DIEGO. ¡Nuestro destino es fatal!
¡Quien osa una vez dudar
lo que mi honradez confirma,
su propia sentencia firma
muy próxima á ejecutar!...
Y vos, cuya suerte ingrata
os coloca en mi camino,
no echeis la culpa al destino

si vuestro destino os mata.
Que la honradez fué mi norte
dice del viento el murmullo:
que en ella cifré mi orgullo
lo dice claro mi porte.
Que estoy sin mancha... y vos no
á probar voy por mi cuenta;
y que en mi casa hay afrenta
no habrá quien lo afirme!

RAM. ¡Yo!

DIEGO. ¿Vos decís? La prueba exijo!...
Vuestro afan me precipita!

RAM. Preguntadle á Margarita
dónde se esconde...

DIEGO. ¿Quién?

RAM. Su hijo!

DIEGO. ¿Su hijo? ¡Mentís!!

RAM. Por mi fe
que pronto podreis hallarle...
si os empeñais en buscarle.

DIEGO. ¡Vive Dios!... Lo buscaré!...
Mas... como vuestra maldad
bien clara se manifiesta,
de esa calumnia funesta
cobrareis la utilidad.
¡Decidme... que habeis mentido!...
¡Probadme que la infamais!...
¡Pronto, Ramiro, pues vais
á hacer que pierda el sentido!
Decid... Margarita...

RAM. ¡Es cierto!

DIEGO. Mi nombre...

RAM. Manchado está!
Un hijo os oculta!...

DIEGO. ¡Ah!!!
Su tumba la habeis abierto!
Dejadme, dejadme aquí
hasta que vaya á buscaros!...
Ramiro... yo he de mataros
si no me matais á mí.
¡Salid!

RAM. Si quereis más pruebas...

interrogad su virtud.
(Váse segunda puerta izquierda.)

ESCENA XXI.

DIEGO.

¡Maldita mi senectud!...
¡Maldito el nombre que llevas!...
Si está mi dicha perdida,
¿cómo encontrarla podré?
Decid .. Señor... ¿para qué
me conservasteis la vida?
¡Padron de infamia son ya
las canas que me avergüenzan,
y ellas de nuevo comienzan
los frutos que el crímen da.
Sin duda Dios dejó escrito
para lanzarme al averno,
que en el umbral del infierno
fuese mi nombre maldito!
¡Sin honra yo!... ¿para qué?
¡Sin dichas!... ¿y en qué las fundo?
Pues no me ha matado el mundo,
yo mismo me mataré!...
¡Ella vendrá... vendrá aquí...
pedirá perdon de hinojos!...
Veré que hay llanto en sus ojos...
y ella... el furor que hay en mí!...
¡Margarita!... ¡Tengo miedo!...
¡Ella... sin honra y maldita!...
¡Margarita!... ¡Margarita!...
Yo te maldí... ¡Ah! ¡no puedo!!!

(Cae desplomado. Telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala modesta al gusto de la época. Puertas laterales en primeros términos. Moviliario escaso, de poco gusto, y á derecha é izquierda del foro dos trofeos de armas y objetos de caza. En el de la derecha habrá una espada.

ESCENA PRIMERA.

MARTIN, por la puerta del foi

Por fin se marchó Bautista
apenas rayó la aurora,
llevando para el camino
una paliza no floja.
Ya se vé, me interesaba
vencer á la astuta zorra
y arrebatarle su presa;
mas... Diego llegó en persona,
y dijo en lenguaje mudo:
«dió fin la presente historia;»
pues cogió el niño en sus brazos
y se marchó... y hasta ahora.
Despues... el bravo Bautista
quiso volverme las tornas,
pero... fuí listo. La daga
le quité en defensa propia;
y aunque pude haberle herido

y hacerle tragar la hoja,
no quise hacerlo: tan sólo
á guisa de ponzoñosa
serpiente, bajo mis plantas
lo tuve un cuarto de hora.
He demostrado á ese guapo,
que de tan bravo blasona,
que en Leon... no hay asesinos;
pero que el valor nos sobra.
Si nadie nos falta... bueno!
amigos... hasta la alcoba:
mas si alguno nos insulta
ó escarnece nuestra honra,
mostramos que al ser valientes...
nunca lo somos de boca.

ESCENA II.

MARTIN, CATALINA, segunda puerta izquierda.

CAT. Martin, ¿y Diego?
MARTIN. No sé:
há un hora que no lo he visto.
CAT. Dime la verdad.
MARTIN. ¡Por Cristo!
¿dudas de mi buena fe?
CAT. Que dude no es cosa extraña
del que sabiendo luchar,
se ha dejado arrebatar
el niño de la cabaña:
del que sabiendo correr
por el monte y por el llano,
dá ocasion á que un anciano
le consiga sorprender.
Y en fin, del que yá que ha sido
torpe y cobarde á la par,
no procura averiguar
donde está el niño escondido.
MARTIN. ¿Pretendes que á Diego yo
le opusiera resistencia,
ó le armára otra pendencia
cuchillo en mano?

CAT. Eso no;
pero al ver su faz airada
debiste aplacar su enojo.
MARTIN. Es claro; y saltarle un ojo...
ó romperle una quijada.
¡Cuando digo que eres tú
la causa de cuanto pasa!
CAT. ¿Yo?
MARTIN. Si hubieras puesto tasa
á ese amor de Belcebú,
no habría llegado el caso
de armar semejante enredo,
ni Margarita ni Alfredo
hubieran dado un mal paso.
CAT. Pero... ¿yo la culpa tengo?
MARTIN. Tú, que alentaste su amor!
CAT. Y tambien tú.
MARTIN. Por favor...
cállate, pues te prevengo
que es mejor no recordallo!...
Si dancé ó no en ese lio
y el delito es tuyo ó mio...
yo me lo sé y me lo callo.
CAT. Pues haces mal.
MARTIN. No á mi ver.
CAT. ¿Qué hablar podrás que me asombre?
MARTIN. Que soy un hombre... muy hombre,
y tú muy débil mujer.
Que harto ya de sucumbir
á tus caprichos sin cuento,
es fácil que hoy traiga el viento...
lo que no quiero decir.
CAT. ¡Oiga! Y en son de amenaza
parece que hablando estás.
MARTIN. Si tanto apurando vas...
se acabará mi cachaza.
CAT. Sería cosa graciosa
verte enfadado una vez.
MARTIN. ¡Por vida del lobo-pez!
¡Vete ya!
CAT. Si es que te acosa
la sed de mortificar

á quien nunca te ha faltado,
vete al pilon del ganado
y la podrás apagar.

MARTIN. No basta que me hayas hecho
ciego instrumento del mal;
es fuerza que hasta el final
me estés torturando el pecho.
Bien, sigue en tu empeño loco,
despáchate á tu placer;
no te detengas, mujer,
ni te acobardes tampoco;
que está muy puesto en razon
que el que faltó á su conciencia,
sufra como penitencia
la pena del Talion.

CAT. ¿Qué temes pues?

MARTIN. Que la hiel
me ahogue que me atraganta;
tiró el diablo de la manta
y se descubrió el pastel.
¡Si no era para otra cosa
lance de tal magnitud!
Hoy tiene la juventud
más espinas que una rosa.

CAT. Ya que remedio no tiene,
déjate de discurrir.

MARTIN. Al freir será el reir!...

CAT. Yo juzgo que nos conviene...

MARTIN. Callar y evitar sus iras:
huir toda explicacion,
que es muy mala esta ocasion
para que inventes mentiras.

CAT. ¿Mentiras?

MARTIN. Sí, y harto graves
son las que pusiste en juego!
No ignoras tú lo que es Diego,
y que es muy honrado sabes.

CAT. Nadie duda que es así!..

MARTIN. Pues no extrañes si hoy airado,
al ver que se le ha burlado,
sus iras descarga en mí!

CAT. Sería injusto!

MARTIN. No tal!...
CAT. Yo lo afirmo!
MARTIN. Y yo lo niego:
que á las bondades de Diego
correspondimos muy mal.
Diez años há, uno por uno
que gobernamos su casa,
sin que aquí nos ponga tasa
de Diego abajo, ninguno.
Diez que soy el guarda fiel
de su hacienda y su ganado:
diez... que no tomó el arado,
y diez que vivo con él.
Pues de humilde labrador,
entre otros cien confundido,
los cinco que han precedido
á los diez de su favor,
forman los quince cabales
que como su honrado pan,
mientras... ¡voto á un huracan!
ayudo á aumentar sus males.
CAT. Ya basta de reflexiones,
que cuanto me dices sé:
busca á Diego, ó por mi fe
que á graves riesgos te expones.
Haz que te oiga aunque no quiera;
grítale más si él te grita,
y dile que Margarita
por última vez le espera.
Dí que no puede vivir
sin el paternal cariño,
y pide besar al niño
ántes que pueda morir. (Váse.)
MARTIN. Si el Job de que habla la historia
viviese y me viera así,
á Dios pidiera por mí
su mejor sitio en la gloria.
Cuando mi bilis se irrita
deshago cualquier enredo;
mas... con mi mujer, no puedo.
¡Eh! Ya sale Margarita.

ESCENA III.

MARTIN, MARGARITA, primera puerta izquierda.

MARTIN. ¿Te sientes mejor?
MARG. Muy poco.
Martin, mi augustia es mortal.
De mi conducta fatal
tristes consecuencias toco.
¿Quién me dijera ¡ay de mí!
que el zagal de Carracedo
sería más tarde Alfredo?
¡Qué nécia, qué nécia fuí!
MARTIN. Diego es bueno y generoso
y al fin te perdonará.
MARG. Mas nunca devolverá
nuestro perdido reposo.
MARTIN. Pero... por Dios uno y trino,
deja las cosas correr!
Diego no puede torcer
la marcha de su destino.
Si un momento le asaltó
de maldecir la manía,
desmintiendo la hidalguía
que en su pecho floreció,
no temas que sus rencores
rompan los paternos lazos:
al fin te abrirá los brazos
bendiciendo tus amores.
Y ese amor... ya que me apuras,
fuerza será que repares
que de los santos altares
se subirá á las alturas:
y Dios que habrá visto ya
vuestra culpa harto expiada,
desde su santa morada
tambien te perdonará.
MARG. Tú no escuchaste ¡ay de mí!
lo que mostrándome al hijo
dijo mi padre!
MARTIN. ¿Qué dijo?

MARG. «Hija impura... huye de aquí!..
huye ó teme mi furor!»
Pálida entónces é inerte,
sentí el sudor de la muerte;
me estremecí de terror.
Llanto amargo derramé
pidiendo perdon postrada...

MARTIN. ¿Y al fin conseguiste...

MARG. Nada!

MARTIN. Pero... ¿y el niño?

MARG. No sé...
no sé lo que allí pasó
ni averiguarlo confío.
Tuve frio... mucho frio...
mi razon se perturbó.
Sé que mi angustia de madre
rompiendo su dique estaba:
que cuanto más yo lloraba,
más se irritaba mi padre;
que al contemplar mi pasion
más grande que su fiereza,
lanzó sobre mi cabeza
dos veces su maldicion!

MARTIN. Pues hija, vuelvo á mis trece;
y aunque parezca pesado,
digo que lo que ha pasado
no es tanto como parece.
En prueba de esta verdad,
muy pronto verás á Diego
devolviéndote el sosiego
y haciendo tu voluntad.

MARG. Martin, tu intencion es buena,
pero la intencion no basta.

MARTIN. El tiempo todo lo gasta,
y se gastará tu pena.

MARG. Lo que supones no sé

MARTIN. Ni te hace falta ninguna.
Si hoy no cambia tu fortuna,
el valle amotinaré.

MARG. ¿Qué dices?

MARTIN. Que ahora me voy
de casa en casa á armar cisco.

¡Por vida de San Francisco,
que Diego sabrá quién soy!
¡Pues no nos faltaba más!

MARG. ¿Y si se enoja mi padre?

MARTIN. Que haga lo que bien le cuadre,
pero tú te casarás.
Te casarás... yo lo fio,
por más que su pecho estalle.
No ha de haber uno en el valle
que desoiga el ruego mio.
Mi objeto conseguiré,
y en comitiva vendremos.

MARG. Deja tus locos extremos.

MARTIN. ¿Dejarlos? No hay para qué.
¿Quieres que presa en la valla
te deje siendo tan bella?
¡Que me parta una centella
si hoy mismo mi plan no estalla!

MARG. Piensa, Martin...

MARTIN. Ya no puedo
ceder en esta ocasion.

MARG. Pero...

MARTIN. ¡Si soy de Leon!!!
¡Margarita... fuera el miedo! (*Váse.*)

ESCENA IV.

MARGARITA.

¡Pobre Martin!... Sus intentos
no conseguirá lograr,
que en este revuelto mar
sólo me esperan tormentos...
tan sólo negro pesar.
De mi flaqueza una espiga
punzándome está la cara,
y hace la suerte enemiga
que mi padre me maldiga
cuando su amor me separa.
¿Para qué llanto verter
si no ha de ser recogido
por quien lo enjugaba ayer?

Pues si nadie lo ha de ver,
mejor estará escondido.
Mas si cuitada me aflijo,
no es que me falta el valor:
ya sé que mi mal es fijo...
pero... que encuentre á mi hijo:
¡haz que lo encuentre... Señor!

ESCENA V.

MARGARITA, RAMIRO, foro izquierda.

RAM. La veo al fin: ¡qué bella! ¡cuán hermosa
con su dolor la suerte me la ofrece!
Rayo es de luz brillante en que perece
loca de amor la ciega mariposa!
Temo llegar; pero mi afan me dice
que he de vencer en la batalla ruda.

MARG. ¿Á qué venís aquí?

RAM. Mi amor me escuda:
Vengo otra vez á que tu voz me hechice.
Si Diego me ha intimado á que me quede
para obtener explicacion cumplida,
de tí la espero yo; sí, por mi vida,
pues todo en tu favor tornarse puede.
Frases de amor... de celestial contento
quiero escuchar de tus purpúreos labios.

MARG. Salid de aquí, señor, que esos agravios
se pueden castigar, y hacerlo intento.
Nunca pensé que un noble caballero
de timbre altivo y que blason ostenta,
fuera capaz de nivelar su afrenta
á la del vil y torpe bandolero.
¿Y vos sois noble?... ¡Vos!... Si la nobleza
se alcanza con hazañas y bravura,
romped vuestro blason. De sangre impura
tan sólo es digna vuestra vil proeza.

RAM. Con los denuestos que iracunda lanzas
sólo consigues aumentar mi anhelo.
Tú cederás... ¡Oh! sí; que en raudo vuelo
llegan á mí las dulces esperanzas.
¡Linda zagala, que cruzando el valle

vas á escuchar la amante cantilena
de otro noble cual yo: con faz serena
lograr podrás que mi furor no estalle!
Si quieres oro, pídelo á porfía,
que oro tendrás, y joyas y tocados.
¿Quieres pajes tener? Deja tus prados
y vente á la ciudad para ser mia.
¡Nunca sentí latir dentro del pecho
mi corazon cual hoy!

MARG. ¡Ni yo tampoco!

RAM. ¡De tus miradas la piedad invoco!

MARG. ¡Piedad... y tengo el corazon deshecho!
¡Hiena feroz, cuyo rugir salvaje
al monte aterra si le falta un hijo,
seré de hoy más! El cielo nos maldijo,
y probareis la hiel de mi coraje.
De tanto estigma, horrendas las señales
dejais impresas en mi frente loca!
Muy pronto os buscaré, que á mí me toca
hacer que sean para vos fatales!
Ya no hay amor, ni dichas, ni esperanza
en este pecho que al dolor inmolo;
vos lo llenásteis de baldon y dolo,
y hoy arde en él la téa de venganza.

RAM. ¿Qué podrás contra mí?
(Alfredo aparece por el foro derecha.)

MARG. Por mal que os cuadre,
pronto vereis la suerte que os espera.

RAM. ¡Piénsalo bien, por Dios!

MARG. ¡Vana quimera!
¡Atrás, malvado, atrás!... ¡Paso á la madre!
(Váse primera puerta izquierda.)

ESCENA VI.

RAMIRO, ALFREDO.

RAM. ¡Oh!... que mi pecho se exalta
al ver frustados mis planes.

ALF. Pero á tus torpes desmanes
castigo debido falta.

RAM. ¿Qué dices?

ALF. Sí por mi fe.
De más habrás comprendido
que explicaciones te pido.
RAM. Tú me dirás para qué.
ALF. ¡Ramiro!
RAM. No me amedranta
de tus palabras el tono.
ALF. ¿Qué has dicho?
RAM. Que no perdono
núnca una agresion violenta.
ALF. Pues bien; escucha, Ramiro,
y juzga lo que te aguarda
si en satisfacerme tarda
tu acento como yo aspiro.—
Dos veces te sorprendí
dando á Margarita enojos,
y lo que vieron mis ojos
han visto otra vez aquí.
Olas de amoroso ardor
que en alas del viento llegan,
por Margarita me entregan
suspiros de tierno amor.
Y si algun ser en la tierra
osa su vida ofender,
yo le declaro á ése ser
en todas partes la guerra.
¡Pues juro por Belcebú,
que al vil que hiciera tal mengua,
le arrancaría la lengua...
aunque ése vil fueses tú!
Explica sin vacilar
la causa de lo ocurrido.
RAM. Eres, Alfredo, atrevido.
ALF. ¡Oh!... yo te sabré obligar...
RAM. ¿Cómo?
ALF. ¡Cruzando tu cara...
con la punta de mi acero!
RAM. ¡Alfredo!
ALF. ¡Mal caballero!
RAM. En lo que dices repara!...
Piensa que nunca sufrió
oprobio tal mi hidalguía,

y que me sobra energía
para evitármelo yo.

(Diego aparece en el foro; y al ver cruzar las espadas, saca la suya del trofeo de caza y se pone en lucha ofensiva con los dos.)

ALF. ¡En guardia! ¡Vas á morir,
si así el oprobio se venga!

(Alfredo desenvaina y sacude un espaldarazo á Ramiro, que se pone instántaneamente en defensa.)

RAM. ¡Dios de su mano me tenga!

ESCENA VII.

DICHOS, DIEGO-PEREZ.

DIEGO. ¡Conmigo vais á reñir,
miserables!

ALF. ¡Diego! (Retirándose de la guardia.)

RAM. ¡Osado!

DIEGO. ¡Para los dos tengo aliento!
¡Reñid! (Ataca á Ramiro.)

RAM. ¡Terrible momento!

DIEGO. Ramiro, estais desarmado.
(Poniendo el pie sobre la espada de Ramiro.)
Vuestra cuenta es muy antigüa
y luégo la pagaréis.
Presente quiero que esteis
mientras mi honor se atestigüa.—
(Levantando del suelo la espada.)
Ahora nos toca á los dos. (Á Alfredo.)
¡Cruzad conmigo la espada,
y ved que en esta jugada
perdeis la vida!

ALF. ¡Gran Dios!

DIEGO. Venid, que el alma se estrecha
mientras que á mis piés no esteis.
¡Rencores... pronto vereis
vuestra injuria satisfecha!
¡En guardia!

ALF. Diego, no puedo,
no debo con vos reñir.
(Tira la espada.)

DIEGO. Decid que temeis morir.

ALF. ¿Yo?
DIEGO. Decid que teneis miedo!
ALF. ¡Oh!
DIEGO. No hagais que se retarde
la venganza apetecida!
No querais guardar la vida
como la guarda un cobarde!
¡Reñid!
ALF. Calmad vuestro enojo,
y oidme sólo un momento:
si no os convence mi acento,
haced despues vuestro antojo.
RAM. Mucho, Alfredo, por quien soy,
al menosprecio te expones.
DIEGO. Ahorremos las digresiones...
y hablad, que impaciente estoy.
ALF. ¿Qué agravios quereis, señor,
vengar, mi sangre vertiendo?
RAM. Querrá sin duda...
DIEGO. Pretendo
reparacion de mi honor.
Y como mi honor se cura
sólo matando ó muriendo,
no espero hallar un remiendo
que oculte mi desventura.
Una hija que adoré
llora terrible un engaño.
ALF. Yo soy quien há mas de un año
eterno amor la juré.
Se lo juré... y por mi vida
que si consentir quereis,
mañana mismo tendreis
reparacion bien cumplida;
¡Dadme su mano!
DIEGO. No puedo
otorgaros tal favor.
ALF. Decidme por qué, señor.
DIEGO. Porque yo no os la concedo.
RAM. Por Cristo, que es harta mengüa
sufrir tanta humillacion!
DIEGO. Tengo sobrada razon,
y os puedo cortar la lengua.

¡Dejad los fieros aquí,
pues no os hallais en la córte,
y hablad cosa que os importe
ó no respondo de mí.
¡Ya me canso, vive Dios,
de veros tan torpe y ciego!

RAM. Mirad qué soy noble, Diego!

DIEGO. Tanto peor para vos!

RAM. ¿Qué decis?

DIEGO. ¡Que hoy en Merayo
murmuran brisas impuras,
cruzando por las alturas
con la rapidez del rayo!
Que con profundo respeto
os dí en mi casa hospedaje,
y á más de hacerme un ultraje,
me arrebatais un secreto.
Mas ya que tanto apurais
la fuente de mi paciencia,
temblad por vuestra existencia
puesto que á escucharlo vais.

RAM. ¿Y que nos podrá importar
de ese secreto la historia?

DIEGO. Conocer la ejecutoria
que habeis venido á manchar.
(Deja las espadas sobre una mesa.)

RAM. De vuestras horas amargas
será relacion prolija.
¡Soy don Ramiro de Urquija!

DIEGO. Y yo... don Sancho de Vargas!

RAM. ¿Don Sancho vos?

DIEGO. ¿Qué os altera?

RAM. ¡Quien á mi padre mató?!...

DIEGO. El que en Urquija vengó
la accion más baja y artera.

RAM. ¡Dadme la espada!

DIEGO. ¡Aguardad!

RAM. ¡Quiero vengar su memoria!

DIEGO. Y ahora... Ramiro... ¿esa historia...
quereis saberla?

RAM. ¡Acabad!

DIEGO. Diez y seis años hará

que yo en la córte vivía,
gozando una gerarquía
que alcanzan pocos quizá.
Mi favor con el monarca
fué adquirido sin doblez,
y era estimado á la vez
de la leonesa comarca.
Urquija, que á la sazon
era de Alfonso privado,
ponía en grave cuidado
á los nobles de Leon.
Como la suerte enemiga
suele mostrarse severa,
quiso que al privado urdiera
la córte pérfida intriga;
pero con éxito tal,
que á poco de haberla urdido,
Urquija había perdido
toda la privanza real.

RAM. Seguid.

DIEGO. La fiera cuchilla
de la despótica ley
hízome aceptar del rey
mensajes para Castilla.
Y en tanto que á Búrgos fuí
donde el deber me llamaba,
el favorito... tramaba
otra intriga contra mí.

ALF. ¿Cómo?

DIEGO. Creyéndome autor
de su reciente desgracia,
tuvo la cobarde audacia
de ir á mancillar mi honor.

RAM. ¿Qué decís?

DIEGO. Que aunque no os cuadre,
de mí lo habeis de escuchar.
Una noche... fué á asaltar
mi morada vuestro padre;
y hallando allí una mujer
que dormitaba en su lecho,
lo atroz de su vil despecho
pudieron las sombras ver.

RAM. ¡Ah!
DIEGO. ¡Fué accion muy cobarde!
Los gritos mal apagados
pudieron ser escuchados;
pero... lo fueron ya tarde!
Cuando la venganza inmunda
de Urquija se completó,
doña Jimena... se halló
sobe el lecho moribunda.
Margarita, que ocupaba
la habitacion más vecina,
por su edad harto *pristina*
no supo lo que pasaba.
Y Urquija de aquel recinto
salió vencedor y ufano!...
¡Vuestro padre fué un villano,
de horrible y feroz instinto!
(Pequeña pausa)
¡Cuando regresé á Leon,
hallé de casa la puerta
cerrada... Jimena muerta...
y enlutado mi blason!
Un pergamino sellado
que me entregaran, dispuso,
y repetiros excuso
lo que ya llevo contado.
En tan horrible tormento,
busqué á Urquija... le maté,
y de Leon me alejé
con Margarita al momento.
¡Tuve miedo de mí mismo!
Sin direccion caminamos,
y por último... llegamos
pronto al borde de un abismo.
ALF. ¡Oh Dios!
DIEGO. La noche cerraba:
zumbaba el fiero aquilon;
latía mi corazon
y Margarita lloraba.
La completa oscuridad
que encapotó el firmamento
me condujo en un momento

cerca de la eternidad.
Pero al trepar con vigor
por la escarpada colina,
se oyó el toque de bocina
de algun perdido pastor.
Fatigado con exceso,
recé, vacilé un segundo,
y al ir á dejar el mundo
dar quise á la niña un beso.
Rayos y lenguas de fuego
doquiera se dibujaban,
que lo insensato anunciaban
de mi desenfreno ciego;
y al siniestro resplandor
de una centella, mis ojos
vieron á mi hija de hinojos,
presa de infantil terror.
¡Entónces... me estremecí!...
tomé la niña en mis brazos,
y dándola mil abrazos
hácia este valle corrí. (Con precipitacion.)
Nada más deciros puedo
sino que el dia al nacer,
mis cuitas llegó á saber
el abad de Carracedo:
pues si del crímen en pos
dormida el alma vagaba,
el santo abad me mostraba
la omnipotencia de Dios.

ALF. ¿Confiásteis al abad
vuestro terrible secreto?

DIEGO. Sí, que merece el respeto
de toda la cristiandad.
Buen ministro, hombre leal,
me aconsejó que viviera,
diciendo que estableciera
mi residencia en Toral.
Su consejo, aunque os asombre,
penetró en el alma mia,
y tomé desde aquel dia
disfraz y supuesto nombre.

ALF. Pues él, don Sancho, mejor

que puede hacerlo mi acento,
afirma desde el convento
que proteje nuestro amor.
Soy su deudo más cercano
aquí en su nombre me envía,
y os espera en la abadía
para estrechar vuestra mano.

DIEGO. ¿Quién demostrarme podrá
la aprobacion del mitrado?

ALF. Un pergamino sellado
que me entregó os lo dirá.
Tomadlo, señor, y ved
que entre él y vos... la balanza
teneis de nuestra esperanza:
quebrad la nema... y leed.
¡Haced que obre la razon,
y recobrad vuestra calma!

DIEGO. ¡Ay!... qué al fin respira el alma
y se ensancha el corazon!
(Desdoblando el pergamino y leyéndolo.)
«Si el pecador en el suelo
santo perdon necesita,
tambien Jimena os invita
á perdonar desde el cielo.
Dos almas piden á Dios
unirse ante el ara santa,
y un peligro se levanta
entre esas almas y vos.
Por hijo aceptad á Alfredo
uniéndolo á Margarita.
Es gracia que solicita
el abad de Carracedo.»
¡El abad... cierto... el abad
por el que don Sancho vive,
es quien la carta suscribe!

ALF. Sed generoso... acabad!...
Si vuestra conciencia grita,
yo os vuelvo el honor perdido.
¡Señor... de hinojos os pido
la mano de Margarita!
Honra tal por mí anhelada,
don Sancho, no me negueis.

DIEGO. Muy bien... su esposo sereis.—
Y vos... recobrad la espada.
(Á Ramiro, dándosela.)
Satisfaced el encono
que aquí guardé tantos años.
¡En guardia! Vuestros amaños...

RAM. ¡Oh rabia!

ALF. Yo los perdono.

DIEGO. ¡Jamás!

ALF. Un noble cual vos,
de la nobleza más pura,
no ha de bajar de su altura;
que estais entre el mundo y Dios.
Harto castigo es en él
ser noble de mala raza:
nosotros tenemos traza
de nobles de raza fiel.
¡Perdonadle! (Con desprecio.)

DIEGO. Es de razon...
pues mi acero se manchára
si vuestra sangre tocára.
(Arrojando la espada.)
Podeis partir.

RAM. (¡Maldicion!)

DIEGO. Pero al Vierzo no volvais,
donde gran prestigio ejerzo;
porque si volveis al Vierzo,
del Vierzo... vivo no os vais.
Que aquí el honor se conserva
como su cáliz la flor;
y dónde crece el honor...
se arranca la mala yerba.

RAM. Partiré. (Mas si algun dia
me apresta Dios la venganza,
vereis hasta dónde alcanza
la ley de la fuerza mia.)
(Váse por el foro derecha. Á poco sale Margarita por la primera puerta de la izquierda.)

DIEGO. Busquemos, Alfredo, el modo
de hallar término á mi cuita.

ALF. Le hallaremos.

DIEGO. (Llamándola.) ¡Margarita!

ESCENA VIII.

DIEGO-PEREZ, ALFREDO, MARGARITA.

MARG. Padre... lo he escuchado todo.
DIEGO. Bien: calma tu ansioso afan,
y cese de hoy más el llanto.
Si á vuestro amor falta un manto
mis brazos os lo darán.
MARG. ¿Y Armando?
DIEGO. Vive.
MARG. ¡Ah, señor!...
Mi dicha es ya positiva.
MARTIN. (Dentro.) ¡Viva Margarita!
ALDS. (Id.) ¡Viva!

ESCENA IX.

DICHOS, MARTIN, con ballesta, ALDEANOS.

MARTIN ¡Entrad y afuera el temor!
DIEGO. ¿Qué quereis?... ¡pronto, acabad!
MARTIN. Señor, el valle reunido
pide de vos ser oido,
en pago de su lealtad.
Margarita...
DIEGO. Merayanos;
siempre respetar fué ley,
desde el vasallo hasta el rey,
los decretos soberanos.
Margarita es ya la esposa
del zagal de Carracedo,
á quien llamareis Alfredo,
señor de Villa-Alumbrosa.
MARTIN. ¡Viva!
ALDS. ¡Viva!
ALF. Las amargas
penas del alma quitais,
pues con eso me juzgais
digno de Sancho de Vargas.
DIEGO. ¿Estais contentos? (Á los aldeanos.

MARTIN. Sí, á fé!
DIEGO. Pues bien: Ramiro se ausenta.
Condúcele por mi cuenta
hasta que en el monte esté.
MARTIN. Vamos; y si don Ramiro
se empeña en oler romero,
es fácil que muy ligero
tome el asunto otro giro.
Si vuelve... yo os aseguro
que ha de costarle muy caro,
pues sin chistar... le disparo
un dardo de acero puro.
¡Andando!
(Váse con los aldeanos, foro derecha.

ESCENA ÚLTIMA.

DIEGO, MARGARITA, ALFREDO.

MARG. Vuestra bondad,
señor, merecer sabremos.
DIEGO. Hoy á Carracedo iremos
á que os bendiga el abad:
y á fin de que el mundo no halle
cosa en mí que no le importe,
mientras vivís en la Córte
quiero quedarme en el valle.
ALF. Pensadlo, que acaso el rey,
cuando de vos nuevas tenga,
un alto puesto os prevenga
para administrar la ley.
DIEGO. Nunca volveré á pisar
la régia cámara altiva,
que á su recuerdo se aviva
la antorcha de mi pesar.
MARG. Mas...
DIEGO. No pienses que la ausencia
rompa los paternos lazos.
ALF. ¡Gracias! (Estrechándole la mano.)
MARG. ¡Señor!...
DIEGO. ¡Á mis brazos!
MARG. ¡Bendigo á la Providencia!

DIEGO. Diréisle al rey de Leon,
al mostrarle mi tesoro, (*Por Margarita.*)
que le ofrezco contra el moro
mi espada y mi corazon.
Pero que no siendo así,
juzgo inútil todo empeño,
pues ya no hay nada halagüeño
en la córte para mí.
¡Decidle que antiguas cargas
no convienen á mi edad!...
¡diréisle á su majestad...
que es viejo SANCHO DE VARGAS!

FIN DEL DRAMA.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
		ZARZUELAS.	
canos de pega	1	R. María Liern	Libro.
oman y Don Ramon	1	Usera y Lopez y Schænbrunn	L. y M.
légramas	1	Portero y Segura	L. y M.
ite de bellotas (Monólogo)	1	R. María Liern	L. y M.
n dia	1	N. Serra y Bengoechea	L. y M.
va á morir te saluda	1	Belza y Balart	L. y M.
gento Lozano	1	Hurtado y Nuñez-Robres	L. y M.
bastidores	1	N. Serra y Carreras	L. y M.
los cielos	1	N. Serra y Bengoechea	L. y M.
en guerrillas	1	Manuel Nieto	Música
de España	1	Altadill y Fossa	L. y M.
as de Fulano	1	Amalfi y Fernandez Caballero	L. y M.
ales de Mañara	1	Guillermo Cereceda	Música
el Veterano	1	Liern y Monfort	L. y M.
illano en la Habana	1	Leopoldo Palomino de Guzman	Libro.
elero de Ricla	3	Belza y Gabriel Balart	L. y M.
ncion de amor	3	A. Hurtado	Libro.

alejado de pertenecer á esta Galería la comedia en un acto de D. Eduardo a o, titulada: *Por un descuido*, y la música de las zarzuelas en un acto del bssetti, tituladas: *El cuerpo del delito*; *El padre de mi mujer*; *Un* *prision*, y *Un jaleo en Triana*, así como las siguientes obras del señor to de los Herreros: *Por una hija*, comedia en un acto, *Al pie de la* *a*, *Cuando de cincuenta pases*, *El abogado de pobres*, *Elvira y Leandro*, *re los amigos*, *La hermana de leche*, *La hipocresía del vicio*, *Los sentidos* *les*, *María y Leonor*, y *Mocedades*, comedias en tres actos, y el libro de arnela en tres actos, *Cosas de D. Juan*.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En la librería de los Sres. *Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9,

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.